

Nostalgia de la hazaña. La infancia lectora en José Martí

Nostalgia for the deed. The childhood reading in José Martí

María del Rocío García Rey

Universidad Autónoma de México, México

e-mail: mariagrey@unam.mx

Resumen

El presente artículo toma como base *La Edad de Oro*, de José Martí, para plantear que a través de esta publicación *ex profeso* para niños, el autor postuló que tanto lectura como escritura eran acciones que los infantes debían llevar a cabo para bregar por un futuro libre de sometimientos políticos. Leer coadyuvaría a devenir “hombres de mañana que sabrían restituir la hazaña en su momento histórico latinoamericano.

Palabras clave: Hazaña, horizonte de expectativas, lectura-escritura, infancia.

Abstract

This article is based on *The Golden Age* by José Martí. It sets out that through this publication deliberately made for children, the author puts forward that both, reading and writing, are actions that children should be able to accomplish in order to struggle for a future, free of political subjugation. Reading will contribute to become “the man of tomorrow who will be able to restore the deed in its historical Latin American moment.

Key words: Deed, horizon of expectations, reading-writing, childhood.

“[...] Tienen los poetas de hoy
–auverneses sencillos– en Lutecia alborotada y suntuosa–
la nostalgia de la hazaña”.

José Martí

1. Preliminares

La faena de José Martí, como escritor de textos infantiles no fue primigenia en América Latina, recordemos el trabajo del colombiano Rafael Pombo (1833-1912) con sus *Cuentos pintados y morales para niños formales*, o a Sánchez Barra (1806-1855), considerado por Bravo–Villasante, como el Iriarte peruano (Cfr. Bravo–Villasante, 290); pese a estos trabajos, sí podemos decir que Martí (1853-1895) es uno de los pocos escritores de su tiempo que incluyó los textos infantiles en su proyecto de reconstitución y formación de *Nuestra América*.

Para Martí, la infancia sería parte de los sujetos de salvación de un presente horadado y falto de certezas. La infancia es significada como el grupo que, mediante el conocimiento del mundo, podría ser capaz de redimir el presente y construir un futuro donde la libertad política sería la mayor garantía de cambio. Cabe aclarar que para nuestro autor, tal como lo señala Jorge Viera: “No hay patrones de edad fijos, determinados. Martí desdeña toda estrechez de criterio en ese sentido” (“Notas sobre la función de *La Edad de Oro*”, 309).

La Edad de Oro se publicó de julio a octubre de 1889. Fue un periódico dedicado *ex profeso* a los niños de América. Esta publicación tuvo textos predecesores del mismo Martí; en ellos el autor sitúa a los infantes, ora en el escenario de la historia, ora los coloca como iconos capaces de salvar a los adultos por medio del amor y la ternura que ofrecen; tal es el caso de *Ismaelillo*, publicado en 1882: «Hijo, en tu busca / Cruzó los mares: / Las olas buenas a ti me traen: / Los aires frescos limpian mis carnes / De los gusanos/ De las ciudades. (Martí “Amor Errante”, en *Ismaelillo* 39).

La Edad de Oro, eje de este escrito, es parte de los textos en los que Martí lucha, desde la escritura, contra lo que en el “Prólogo al Poema del Niágara llama, «la nostalgia de la hazaña». «[...] Tienen los poetas de hoy – auverneses sencillos – en Lutecia alborotada y suntuosa – la nostalgia de la hazaña. La guerra antes fuente de gloria cae en desuso, y lo que pareció grandeza comienza a ser crimen» (*Obras* 209).

Tal nostalgia es parte de un juego de tiempos, donde el pasado es intervenido por las acciones del sujeto histórico en ciernes: el niño. La ausencia de cauces nuevos y de batallas libertarias propician que aparezca lo nombrado por María Zambrano, como: “la historia como signo del dolor”; sin embargo, pese a esta aflicción., sumamente nítida en los textos de Martí, la restitución de la hazaña, para el mismo autor, podría estar en la conciencia histórica fomentada en los niños, pues por medio de esta «[...] se podrá ir logrando más lentamente lo que la esperanza pide y la necesidad reclama» (Zambrano 13). La liberación se convertía en el mayor anhelo que formaba parte del horizonte de expectativas de Martí. La hazaña-sacrificio se perfilaba como una acción que debía ser conocida y ejercida por los niños, en tanto seres pequeños pero pensantes. Por ello el autor presenta en “Tres héroes” (contenida en el primer número de *La Edad de Oro*) la actuación heroica de un pequeño: Cuando Napoleón entró a España «para quitarles a los españoles su libertad, un catalancito murió combatiendo al ejército de Napoleón. [...] Al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese contento» (“Tres Héroes”, en *La Edad de Oro* 15).

Se trataba de restituir a los niños a un estatuto visible dentro de la *polis*, misma que los había postrado en la invisibilidad como sujetos históricos y como sujetos lectores. Un ejemplo del cambio político que puede ser propiciado por los niños se encuentra en el siguiente fragmento:

El niño habla con toda la fuerza de la sinceridad y de su honor: ¿quién le ofende a su Cuba? ¿Por qué Cuba, de hijos más trabajadores y cultos en su mayoría, y más universales y emprendedores que los hijos de España, no puede emanciparse de España? (*Sobre las Antillas* 165-166).

¿Cómo formar a los futuros ciudadanos? ¿Cómo asegurar que la infancia una vez letrada, tuviera conciencia del futuro, es decir “de lo que está por

llegar? (cfr. Zambrano 18) ¿Cómo hacer que la lectura fuera entendida por los niños como “dimensión” en la que ellos eran parte activa? Se trataba de una lectura salvadora porque el anhelo cobraba forma de esperanza, es decir, tomaba forma “la concreción de un esperar”. (Zambrano, *ibíd.*). Tal anhelo-esperanza estaba estrechamente relacionado con una sociedad libre de sometimientos políticos. En este sentido, la actuación de Martí como guía intelectual y política de los niños tenía como condición *sine qua non*, la alfabetización, pues esta era entendida como garantía para desterrar los “extravíos políticos”.

[...] Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar, y, como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos, la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantizan el buen ejercicio de la libertad. Un indio que sabe leer puede ser Benito Juárez, un indio que no sabe leer llevará perpetuamente en cuerpo raquítico un espíritu inútil y dormido [...] (*Escritos sobre Educación* 29).

El conocimiento, la liberación y la llamada toma de conciencia tienen, en la lectura el vehículo idóneo; sin embargo, es preciso aclarar que esta acción no era pensada por Martí para ejercerse en las escuelas.

2. Lectura y horizonte de espera

La labor política y literaria de Martí ha sido analizada y comentada vastamente, empero, ha sido olvidado por varios de los estudiosos del autor, que fue precisamente él quien marcó un parteaguas al nombrar abiertamente a los niños y al involucrarse en la redacción de una publicación periódica no escolar, *ex profeso* para ellos: *La Edad de Oro*. No hay que soslayar que a fines del siglo XIX seguían siendo pocos los escritores, al menos en el territorio latinoamericano, que viraban la pluma y la mirada hacia la infancia. En palabra de Graciela Montes: «Sabemos [...] que durante muchísimos años la cultura occidental se desentendió de los niños [...], y que fue tardíamente a partir del siglo XVIII, cuando se empezó a hablar de infancia. Hasta entonces habría sido insólito escribir para niños. Los niños recibían en forma indiscriminada» (Montes 121).

Cierto es que la modernidad insertó, en territorio Latinoamericano durante la segunda mitad del siglo XIX, a los niños en su programa pedagógico dentro de las escuelas, pero en el caso de Martí, reiteramos, el aprendizaje, estaba fuera de esta institución. Por ello, además de ser un programa pedagógico, la escritura de sus textos y particularmente de *La Edad de Oro*, se convierte en un programa periodístico y político. Esto representó una más de las rupturas con el pacto literario de ese momento, pues los niños lectores (ya de América Latina, ya de Europa) eran vistos como seres ingenuos, faltos de capacidad racional; por eso, los textos escritos para ellos fueron, no pocas veces, guiados por una construcción ideológica que asociaba a los niños con la llamada inocencia. En la *Edad* es claro el objetivo de proporcionar saberes más que divertimento.

Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos [...] para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus visitas y jugar con sus muñecas, y para decirles a los niños lo que deben de saber para ser de veras hombres. (“A los niños que lean la *Edad de Oro*, en *La Edad de Oro* 9).

Devenir “hombre de veras” tenía como base fundamental la lectura y la escritura. Las prácticas letradas de la infancia eran parte de los anhelos de Martí, por ello el lector-mediador adulto no está presente en *La Edad*. La lectura y la escritura se convertían, así, en actividades autónomas, propias de los niños que, hay que decirlo, nuestro autor asume, *de facto*, como alfabetizados:

Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso *La Edad de Oro* va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares de *La Edad de Oro* en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los hombres de América, sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros (10).

Lectura y la escritura adquieren un estatus de praxis necesaria en lo que Ricœur llama (retomando a Kosellek) horizonte de espera. Es posible observar, con base en los relatos –particularmente– de historia, publicados en *La Edad de Oro*, que tal horizonte es: «[una] red de perspectivas cruzadas entre la expectativa del futuro, la recepción del pasado, lo vivido en el presente [...] en una totalidad en que la razón de la historia y su relación coincidirían» (Ricœur “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, 70).

Cierto es que en cualquier proyecto está implícito un horizonte de espera que equivale a un anhelo de construcción / re-construcción llamado futuro, pero la impronta en Martí está en que en el todavía no, el futuro pensado dialécticamente, se halla en la infancia (pensada además como grupo homogéneo) que leerá, aprenderá, escribirá y llevará a la praxis política lo leído en *La Edad*. Ese es uno de los objetivos del relato histórico (e incluso de ficción) que hace Martí para la infancia. Afirma, por ejemplo, que en la edad de piedra, “no había libros que contasen esas cosas”. En contraparte no es casual que en el retrato de *El Padre Las Casas*, esté presente la belleza a través del acto de escritura y lectura (en ese orden):

No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre Las Casas, porque con la bondad se le fue poniendo de lirio el color y dicen que era hermoso verlo escribir [...] peleando con su pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las manos, andaba a pasos grandes por la celda y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso libro de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vio en América cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así paso la vida defendiendo a los indios (*La Edad de Oro* 158).

La dialéctica entre el pasado y el futuro son intercambiadas con un presente carente de hazañas; vacío de acciones libertarias; en contraposición con cierto pasado que rescata Martí, en el que ante la colonización, el sometimiento, la injusticia, se desplegaba un desfile de hombres e incluso niños constructores

de la hazaña-sacrificio. El anhelo vuelto nostalgia es lo que Kosellek nombra el todavía no, el espacio de espera, de anhelo. Tal espacio es intervenido por Martí con textos dirigidos a los futuros ciudadanos: los niños. Su acción como luchador-escritor consistía en textualizar para los infantes la historia en general, no sólo de América, pues ya él mismo, a propósito de *La Edad de Oro*, lo había dejado asentado en una carta a Manuel Mercado: «El abono se puede traer de otras partes, pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América» (*Correspondencia a Manuel Mercad* 255). Se trata de una «presencia de estructuras textuales, tanto ideológicas como estilísticas [...] Las epistemes de este estilo responden al vacío espiritual que los modernistas leían en los textos de su época» (Schulmann 18-19). Así, en los textos de *La Edad*, predominaban las narraciones cuyo subtexto era la liberación, en cualquier ámbito. En efecto, tal como lo planteó Jorge Viera:

Su concepto de libertad es, [...] lo esencial de la revista. Libertad americana frente a España, y determinadas advertencias sobre la ingerencia (sic) extranjera en la patria. Y una marcada intención de perfilar una «toma de conciencia latinoamericana (310).

No hay que soslayar que en tales escritos estaba presente también la marca del ejercicio letrado. Los hombres, en los relatos de Martí, devienen valerosos y hermosos, no sólo por enfrentar, por ejemplo, un ejército enemigo, también por ser lectores y productores de textos. Es en la perspectiva de la praxis ya letrada, ya de enfrentamiento en el campo de batalla donde, en términos de Ricoeur, está presente “la dimensión de actuar” La actuación, una vez más, es claro que forma parte de la dimensión axiológica. Lo afirmado puede observarse, en “La última página”, correspondiente al primer número de *La Edad*:

Treinta y dos páginas es de veras poco para conversar con los niños queridos, con los que han de ser mañana hábiles como Meñique, y valientes como Bolívar: poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes [...] lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quiera, y pintar todo lo hermoso del mundo [...] y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los

pueblos, o quieran que los hombres de su país los obedezcan como ovejas y les laman las manos como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos y madres (“La última página”, *La Edad de Oro* 64).

La vasta utilización del adverbio “como” (de la misma manera / del mismo modo) en los escritos de nuestro autor, cobran fuerza en las palabras citadas porque son lo que marcan el poliptoton: De la lectura se ramifica el aprendizaje, de este la habilidad como la de Meñique; la valentía como la de Bolívar; la *inventio* como Homero con el agregado de que “el poeta del presente” –Martí– debía ser el guía de los otros hombres y niños, para que estos tuvieran claro que “la vida es un deber”.

Acaso el deber de la vida, el no temerle a la muerte y la salvación hallada en los libros como objetos sacralizados eran parte, en Martí, de lo que Schulman ha nombrado «una búsqueda angustiada, persistente y prolongada de las regiones de la experiencia [...] de crear narraciones contrahegemónicas» (Schulman 10). El trinomio: deontología-muerte-salvación intelectual, era parte del horizonte de espera; pero además, había dado forma al futuro que devenía anhelo: “hombres de veras” “hombres de mañana / madres de mañana que amen a su tierra”. Lo que nuestro autor reconstituye en el escenario discursivo para los niños es la dimensión histórica, pues en términos de Zambrano, Martí mostraba a los niños que

el tiempo no tiene una estructura simple, de una sola dimensión, diríamos. Pasa y queda. Al pasar se hace pasado, no desaparece. Si desapareciera totalmente no tendríamos historia. Más si el futuro no estuviese actuando, si el futuro simplemente fuera no estar todavía, tampoco tendríamos historia. El futuro se nos presenta primariamente, como lo que está por llegar (18).

El ejercicio contra hegemónico bien podemos decir halla básicamente dos vertientes: por una parte se trata, como hemos dicho de un texto que originalmente fue visto por los otros escritores como un ejercicio inocuo, en

tanto se trataba de escribir para un grupo sin importancia: los niños; por la otra, Martí elabora una escritura un tanto híbrida pues, en *La Edad* coloca en el mismo espacio literario personajes y temas tanto “históricos”, como de ficción; de esta manera el relato literario adquiriría el mismo estatus, para Martí, que el relato meramente histórico. En este sentido podemos suscribir el planteamiento de Ricœur: «La historia es escritura [...] y por lo tanto, al ser escritura, utiliza los mismos procedimientos y las mismas figuras que la ficción».

En *La Edad*, además, la historia permea cada narración, cada relato, aun cuando en apariencia no sea histórico. Esta marca está plenamente relacionada con lo que hemos señalado. El entrecruzamiento entre pasado – presente-futuro (233).

Ahora hay en Estados Unidos un juego muy curioso, que llaman el juego del burro [...]. Dicen en Estados Unidos que este juego es nuevo, y nunca lo ha habido antes; pero no es muy nuevo sino otra manera de jugar la gallina ciega. [...] Los niños de ahora juegan lo mismo que los niños de antes [...]. La gallina ciega no es tan vieja, aunque hace como mil años que se juega en Francia. Y los niños no saben, cuando les vendan los ojos que este juego se juega por un caballero muy valiente que hubo en Francia, que se quedó ciego un día de pelea y no soltó la espada ni quiso que lo curasen, sino siguió peleando hasta morir, ese fue el caballero Collin-Maillard. Luego el rey mandó que en las peleas de juego, que se llamaban torneos, saliera siempre a pelear un caballero con los ojos vendados, para que la gente de Francia no se olvidara de aquel valor y de ahí vino el juego (“Un juego nuevo y otros viejos”, *La Edad de Oro* 52, 54).

Los actos que tanto niños como adultos, podían creer únicamente parte de un presente, son resignificados en tanto Martí los coloca en un espacio dilatado, se trata de sucesos que vale la pena reproducir en el presente –una vez que fuera asumida, por parte del lector, su historicidad– porque representaban la muestra de que «pasado y porvenir se unen [...] en tanto el hombre se encuentra así, viniendo de un pasado hacia un porvenir» (Zambrano14) incluso en los actos más cotidianos, como los juegos.

3. Hacia la construcción del *homo legens* latinoamericano

La Edad de Oro, para su autor, era una empresa editorial “con humildad de forma” pero no por ello anodina. El proyecto del *homo legens* latinoamericano nacía para Martí como una actividad urgente para redimir un espacio vacuo y en el caso de Cuba, aún colonizado. De acuerdo a Bolívar Echeverría,

[...] el *homo legens* es el ser humano cuya vida entera como individuo singular está afectada esencialmente por el hecho de la lectura; aquel cuya experiencia directa e íntima del mundo, siempre mediada por la experiencia del mismo que le transmiten los usos y costumbres de su comunidad, tiene lugar sin embargo a través de otra experiencia indirecta del mismo, más convincente para él que la anterior: la que adquiere en la lectura solitaria de los libros (26).

Si, de acuerdo a Echeverría, la fascinación que ejerce la lectura constituye al *homo legens*, hay que considerar que en el proyecto martiano, la lectura tiene un propósito de educación política bien definida. No se trata de propiciar el vicio por la lectura, sino de convertir el acto de leer, en el niño, en uno de los caminos hacia el conocimiento. La lectura no implicaba alejarse de la vida real. Por ello, recordemos que en “Tres héroes”, nuestro autor deja bien claro al pequeño lector:

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, deben trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como el hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en el camino de ser bribón (“Tres Héroes” 142).

Con base en lo planteado anteriormente podemos comprender que para Martí no se trataba de fomentar la lectura ni como actividad diletante ni como práctica libresca, con nuestro autor se rompe aquello que Chartier ha nombrado «el orden de los libros» (cfr. Chartier, 2005). Martí no oblitera que el conocimiento está presente en las bibliotecas, en las librerías, pero aquellos lugares no parecen representar en su proyecto de lectura para niños, el cimiento principal. La lectura está presentada en publicaciones periódicas,

no necesariamente en libros. La tarea era redimir, mediante textos amenos pero imbuidos en la práctica axiológica la hazaña a un presente en el que los paradigmas ora de lectura, ora políticos debían ser puestos bajo sospecha. De esta manera, la lectura permite que el niño bregue contra lo que Echeverría llama “la fugacidad de la palabra” Si tal fugacidad, para Echeverría, deriva en una protoescritura, en el caso de Martí, esta es sólo el andamio para llegar a la praxis política (cfr. Echeverría 28).

La actuación ética estaba puesta tanto en los lectores y quizá futuros escritores, dueños de la palabra y en el poeta que servía para refutar las injurias y pronunciarse con un no denotado hacia el imperialismo norteamericano. Leamos un fragmento de Vindicación de Cuba, «¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas, sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!» (“Vindicación de Cuba”, en <http://www.josemarti.info>. Versión PDF. Consultado 8 de agosto 2012). Las palabras, los axiomas, las consignas eran parte de lo que Martí ya había dicho a los niños: «Para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho» (“A los niños que lean *La Edad de Oro* 10). El conocimiento debía ocupar un lugar señero en el papel impreso, lo que no equivalía precisamente a plasmarlo en libros. En “Vindicación de Cuba”, texto que hemos tomado como ejemplo, se perfila el escritor-periodista que con su ejercicio de letrado desea que los hombres que habrían de sucederlo –en aquel presente, aún niños–, se guíen como él: elocuentes y sinceros.

Se trataba de restituir la hazaña en el escenario de la modernidad de América, tal acción, como hemos visto, para Martí hallaba el camino, no sólo en la brega abiertamente política, también en la práctica letrada, aquella que formaba parte de un ideario de instrucción y educación desde la faena periodística, pues como él ya lo había escrito:

Un proyecto de instrucción pública es una cementera de ideas: cada mirada al proyecto suscita pensamientos nuevos. Pero los tiempos dan enseñanza, y yo, boletinista novel, he aprendido que los boletines deben ser sencillo y ligeros (“El proyecto de instrucción pública –Los artículos de la fe. –La enseñanza obligatoria, en *Escritos sobre educación*, 131).

La sencillez y ausencia de densidad, como hemos visto, no era plausible únicamente en lo que Martí llama boletines, pues tales características están presentes en los textos de *La Edad de Oro*. Se trata de narraciones en las que el autor recupera matices del registro oral para *platicar* con los pequeños lectores de la historia, de poesía, de libros, «porque es necesario que los niños no vean, no toquen, no piensen en nada que no sepan explicar. Para eso se publica *La Edad de Oro*» (“La última página”, en *La Edad de Oro* 65). Los niños devenían partícipes activos en la asimilación del conocimiento; conocimiento legítimo que podían obtener leyendo *La Edad de Oro*. Con base en este planeamiento, fácilmente podemos hacer un ejercicio de ilación para decir que, además de la liberación, otro subtexto que prevalece a lo largo de la publicación es la importancia de la lectura. Cuando el autor inserta en los cuentos y narraciones afirmaciones en torno a los libros, a la lectura, es porque tales enunciados conforman en términos de la sociocrítica un campo icónico.

Para decirlo en otros términos, toda actividad creadora de imágenes, toda escritura y toda práctica de la imagen se ejerce en función de un campo icónico (a la vez nocional y afectivo) específico de tal o cual formación sociohistórica y sociocultural (Robin 269).

Veamos algunos ejemplos de la manera en que se despliegan, en *La Edad de Oro*, las imágenes relacionadas con la lectura y escritura:

Escritura

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en *La Edad de Oro*, escribanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros les contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita la publicaremos en nuestro correo con la firma a pie, para que se sepa que es niño que vale (“A los niños que lean *La Edad de Oro* 9).

Las niñas también pueden escribirnos sus cartas y preguntarnos cuánto quieran saber y mandarnos sus composiciones para la competencia de cada seis meses. ¡De seguro van a ganar las niñas! (*ibíd.*).

[...] Aquí responderemos a las preguntas de los niños: aquí tendremos la Bolsa de Sellos, donde el que tenga sellos que mandar, o los quiera mandar, o los quiera comprar [...] o preguntar sobre sellos algo que le interese, no tiene más que escribir para lograr lo que desea (“La última página”, 65).

[El padre] A veces, allá en el trabajo se ríe solo, o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz, y es que está pensando en su hija: se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero enseguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y la oes le salen grandes como un sol, y las ges largas [...] tienen que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña (“La muñeca negra” 199).

Lectura

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes y santos y enamorados y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de hombres y gigantes (“Las ruinas indias” 95).

No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América, de los indios, de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres (*ibid*).

Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo, fue una raza atrevida, artística, limpia. Se leen como una novela, las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas de Colombia, de los cumanogotos de Venezuela (*ibid*).

Hasta aquí hemos presentado algunas líneas para problematizar en torno a la imagen y construcción de los lectores niños, en la obra de Martí. Pese a que este no es un trabajo acabado, sí podemos cerrar, reafirmando que la ruta del proyecto martiano, en *La Edad de Oro*, es la lectura-escritura, como acciones para reconstruir y reconstituir la hazaña en la horadada historia latinoamericana.

Fuentes de consulta:

- Bravo – Villasante, Carmen, “La literatura infantil hispanoamericana”, *Ensayos de literatura infantil*, España: Universidad de Murcia, 1989.
- Cue, Alberto (editor), *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas, conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre, Jesús Anaya, Daniel Goldin y Antonio Saborit*, México D.F.: FCE (Espacios para la lectura).
- Jorge Viera, Elena. “Notas sobre la función de *La Edad de Oro*”, en Varios, *Acerca de la Edad de Oro*, La Habana: Centro de Estudios Martianos, / Editorial Letras Cubanas, 1995.
- Echeverría, Bolívar. “*Homo Legens*” en *Vuelta de siglo*, México D. F.: ERA, 2010.
- Martí, José. *Ismaelillo*. Madrid: Mondadori, 1999.
- _____. *La Edad de Oro*. La Habana: Ediciones Cubanas/ Centro de Estudios Martianos, 2011.
- _____. *Sobre las Antillas*. (Selección, Prólogo y notas Salvador Morales), Cuba: Casa de las Américas, 1981.
- _____. *Escritos sobre Educación*. México D. F., (Selección de textos y edición, Pedro Álvarez Tabío): Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- _____. *Correspondencia a Manuel Mercado*. México D. F.: Centro de Estudios Martianos / DGE Ediciones, 2001.
- _____. “Vindicación de Cuba”, en <http://www.josemarti.info>. Versión PDF. Consultado 8 de agosto 2012.
- Montes, Graciela. “La sociedad victoriana”, *El corral de la infancia*, México D. F.: F. C. E., 2001 (Espacios para la Lectura).
- Ricoeur, Paul. “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, en Françoise Perus.
- (Compiladora). *Historia y Literatura*, México D. F.: Instituto Mora, 1997 (Antologías Universitarias).
- Schulmann Iván. *El proyecto inconcluso del modernismo*, México D. F.: Siglo XXI.
- Zambrano, María. *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona: Anthropos, 2000.